La masacre de Allende

Crónica de un crimen de Estado

JUAN ALBERTO CEDILLO

EDITORIAL TERRACOTA

ÍNDICE

Agradecimientos 11
Presentación 13
Capítulo 1. Los idus de marzo trajeron demonios 19
Capítulo 2. La conexión Zeta en Dallas 41
Capítulo 3. Historias inéditas del narcotráfico 67
Capítulo 4. Cuna de los Zetas 87
Capítulo 5. Iniciativa Mérida toma el control de la seguridad en México 105
Capítulo 6. Errores de la DEA provocan muertes 123
Capítulo 7. La conexión Moreira 143
Capítulo 8. 4T: víctimas al olvido 163
Epílogo: Crónica sobre la cobertura 185
Referencias documentales 197
Documentos de la investigación 201
Acerca del autor 231

1 LOS IDUS DE MARZO TRAJERON DEMONIOS

Esa noche, todavía despierta, descansando de la jornada, Silvia se prepara junto con su hija a observar en la pantalla de la televisión un programa de caricaturas. Segundos después comenzó su perenne pesadilla. Poderosos estruendos de fusiles de asalto se escucharon a poca distancia y les provocaron sobresaltos e interrumpieron su merecido descanso. La mujer jamás se imaginó que durante ese anochecer frío de una incipiente primavera moriría en vida. A partir de esos momentos el otrora plácido sueño se espantó para no regresar durante crueles y largos años, mientras el tiempo curaba sus heridas infligidas por disparos que ni siquiera la rozaron pero que sí impactaron en los cuerpos de su numerosa familia.

Los estruendos de armas de grueso calibre se oían a poca distancia. Agazapada, Silvia se asomó tímidamente por la ventana y percibió que los disparos se escuchaban a esca-

sos metros así que abrió la puerta, despacio para evitar que la vieran; se asomó para observar que la amplia casa de su tío, que ocupaba toda la esquina, estaba rodeada por camionetas y atrás de ellas varios hombres armados, agachados, se cubrían de las balas que salían del domicilio y respondían a los disparos. Acto seguido, Silvia tomó a su hija y a su hermano y subieron a su camioneta; poniendo el vehículo en reversa, sin prender las luces, se alejaron del enfrentamiento entre sus familiares y los sicarios, para después escapar de Allende por calles poco transitadas. Intuyó una tragedia, porque minutos antes se había enterado de que otro rancho de su familia, ubicado en el kilómetro 7 de la carretera que conduce a Villa Unión, estaba ardiendo; por eso decidió avanzar rumbo a Piedras Negras para cruzar la frontera con Estados Unidos.

Silvia abrió la puerta y vio la casa de su tío rodeada

A esa hora las calles del poblado ubicado en el corazón de la región del norte de Coahuila, conocida como Cinco Manantiales, se encontraban desiertas. Horas antes, durante la bucólica y somnolienta tarde, la tragedia se posesionó de sus pobladores y el nombre del pueblo quedaría maldito.

Cinco Manantiales destaca por el contraste entre su vegetación frondosa y verde y los diversos tipos de cactus y fauna que caracterizan el inmenso desierto del norte de Coahuila, donde millones de años atrás habitaron dinosaurios endémicos cuando aún estaba inundado por el agua salada del océano. Inmensos y frondosos nogales marcan el límite con la zona semidesértica. Con hileras de nogales comienza el oasis, un vergel que permite concluir que el agua inunda el subsuelo en beneficio de los habitantes que desarrollan la agricultura y la ganadería, las principales activi-

dades del pueblo ubicado a unos 40 kilómetros de distancia de la frontera con Estados Unidos. La autopista 57 conecta a Allende con las ciudades fronterizas Piedras Negras, en Coahuila, e Eagle Pass, en Texas.

Allende es el centro de la región Cinco Manantiales. Es el típico pueblo norestense con calles polvorientas por la temporada de vientos, trazadas a partir de la Main, la carretera que cruza el poblado: en su centro se ubica la plaza principal y a su alrededor se concentran los edificios representativos de la actividad social, el poder político y económico: el palacio municipal, la iglesia, los grandes comercios, etcétera. En una esquina destaca una lujosa residencia, propiedad de uno de los hombres más ricos del poblado: Luis Moreno, padre de Héctor Moreno Villanueva, un junior que, a pesar de su ascendencia, una familia con importantes empresas y negocios, desde su juventud se metió a traficar por su cuenta pequeñas cantidades de droga que ingresaba a México por Piedras Negras.

Ese año 2011, Allende registró apenas unos 22 mil habitantes. La mayoría de sus viviendas están construidas con

La residencia de Héctor Moreno fue parcialmente destruida con maquinaria pesada y después los sicarios Zetas intentaron quemarla.

una especie de adobe en forma de gruesos ladrillos que sirven como aislante térmico para el calor abrasador de la temporada de verano. Son construcciones, en su gran mayoría, con un alto techo sostenido por vigas, de un solo piso, con puertas de madera y un par de ventanas que tradicionalmente están protegidas por un herraje de hierro. Entre las casas buenas destacan las amplias residencias de la familia Garza, otra de las más ricas del pueblo y, por lo tanto, blanco de la envidia de algunos vecinos.

Rumbo a la salida de la carretera que conecta con Villa Unión se edificó una de las residencias más lujosas, grandes, con enormes patios, con alberca, asadores, cantinas y espacios para el descanso. La espectacular residencia contrastaba con las pequeñas casas que la rodeaban. Un enorme castillo construido para albergar a uno de los miembros de la familia Garza, aunque la residencia estaba registrada a nombre de una mujer. Pertenece a José Luis Garza Gaytán, quien desde muy joven comenzó a crecer económicamente gracias a su amigo Héctor Moreno. Ambos se habían aliado para ampliar su ilegal negocio de traficar la cocaína que les surtían un par de peruanos que llegaban desde Cuernavaca para vender paquetes de un kilo a los narcotraficantes autónomos que operaban en Piedras Negras.

El 18 de marzo, fecha en que se conmemora la expropiación petrolera, se transformó en el año 2011 en un día trágico para Allende: al filo de las cinco de la tarde arribó una jauría de sicarios que, como perros de caza, venían sedientos de la sangre de sus presas. Sus amos, los líderes Zetas Miguel Ángel y Óscar Omar Treviño Morales, habían soltado a sus feroces canes para que consumaran su venganza contra tres de sus colaboradores responsables del trasiego de cocaína a gran escala, de quienes intuían que los habían traicionado: José Vázquez, Héctor Moreno Villanueva y Alfonso *Poncho* Cuéllar.

Interior saqueado de la casa de Héctor Moreno.

Los sicarios eran trasladados por una fila interminable de camionetas, unas cuarenta y cinco. Desde la entrada del pueblo la caravana era escoltada por cuatro patrullas de la policía municipal para guiarlos por las polvorientas calles que conducen al centro. Los habitantes del poblado ya estaban acostumbrados a observar desfiles de hombres armados vestidos de civiles que patrullaban sus calles portando fusiles de asalto R15, AK47 y chalecos antibalas. Esos pistoleros incluso se dejaban ver en los retenes a la entrada y salida del pueblo, filtro en el que se detenía e investigaba a quienes lo visitaban. No obstante, la dimensión del convoy que llegó esa tarde no tenía precedentes.

Nada parecido a lo que se vio en la temporada de las cabalgatas, cuando los patrones, los hermanos Treviño Morales, montados en sus majestuosos potros, encabezaron una larga hilera de vaqueros que marchaban por la amplia avenida que conecta a Allende con los poblados vecinos de Nava y Morelos. Los jinetes eran escoltados por decenas de hombres a caballo que se distinguían por portar armas largas de grueso calibre. Esas imágenes hicieron recordar a los más ancianos del pueblo a los revolucionarios de la División del Norte que

combatieron por estas tierras contra el ejército federal de Victoriano Huerta. Cabalgatas que se hacían cada vez más comunes desde la llegada a Allende de los patrones Treviño Morales, quienes arribaron con sus pistoleros y también trajeron un auge económico para muchos negocios, así que las cabalgatas recibían aplausos y vítores al transitar por las calles de Allende.

Esos numerosos pistoleros también destacaron durante la celebración de carreras de caballos en los derbis del "Furniture" de Morelos en su Pista Carolina. En temporada de carreras los pequeños hoteles se atestaban de ricos empresarios, entre ellos un obeso Francisco Colorado Cessa, socio de los líderes Zetas, a quien le entregaban sus millones para que les comprara potros Cuarto de Milla en Estados Unidos, además de poderosos políticos y un sinnúmero de invitados de los patrones, quienes llegaban en espaciosas camionetas Suburban último modelo, para apostar hasta un millón de dólares por el caballo favorito. Todos ellos eran cuidados por esos pequeños ejércitos de hombres armados que se desplegaban desde la autopista 57 hasta la entrada de la Pista Carolina, así como en sus alrededores.

A pesar de sus poderosas armas, esos pistoleros no se caracterizaban por su discreción, todo lo contrario. Circulaban a pie, en caballos o cuatrimotos por los alrededores de la pista; vigilaban el estacionamiento con decenas de suntuosos vehículos. Cuidaban a la gran cantidad de visitantes que apagaban el calor y los nervios generados por las elevadas apuestas con ríos de whisky, cerveza y tequila, así como saciando el apetito con la tradicional carne asada y todo tipo de platillos tradicionales de la región.

El ambiente de tensión de esos hombres que se disfrazaban con la tradicional vestimenta norteña: sombrero, botas polvorientas, pantalón de mezclilla y camisa de manga larga de cuadros, con cinturones de grandes hebillas hiladas don-

de portaban cargadores, y pistolas calibre nueve milímetros, crecía cuando aparecían los patrones, también cuidados por otro círculo: una guardia pretoriana de confianza.

No obstante, la cantidad de hombres armados que llegó esa tarde al pueblo rebasaba las tradicionales parvadas de pistoleros a las que ya estaban acostumbrados los pobladores. Algunos perros de caza llegaron con el rostro cubierto, otros con duros semblantes y la gran mayoría eran desconocidos provenientes de otros estados, al grado de que se perdían en las calles de Allende. Guadalupe Ávalos Orozco, *La Lupe*, una mujer de la policía municipal, y tres de los efectivos que los escoltaron: Rogelio Flores, *El Papaniquis*, Rosario Téllez, *La Chayo*, y Jesús Alejandro Bernal, los tenían que encaminar por el camino correcto que los conduciría a sus presas.

Oliendo algo fuera de lo que ya era normal, los pobladores que se encontraban en las calles, sentados en sus banquetas o paseando, corrieron a refugiarse en sus domicilios. Atrancaron puertas y ventanas, se escondieron y observaron con timidez las calles por las rendijas o moviendo un poco las cortinas de sus ventanas. Observaron cómo *La Lupe* era la más entusiasta para conducir a la jauría a las grandes residencias seleccionadas previamente para ser atacadas.

Los vecinos se sienten aliviados, o menos amenazados, cuando se dan cuenta de que *La Lupe* y los policías municipales conducen a la jauría de sicarios a las lujosas residencias de los Garza y los Moreno Villanueva, distribuidas por los cuatro puntos cardinales del poblado. Como policía municipal, Guadalupe Ávalos representó la máxima expresión del rostro de la barbarie: ella encabezó a los perros de caza para que devoraran a sus presas. Sin misericordia ni piedad se ensañó con niñas, mujeres, ancianas, a las que arrebató de sus hogares y las condujo ante los verdugos para que, junto con decenas de otras víctimas, quedaran convertidas en cenizas.

Los hermanos Treviño se prepararon para consumar su venganza resguardados en un rancho muy cerca de Villa Unión, que perteneció primero a Heriberto Lazcano y después a Óscar Omar Treviño Morales, hermano menor de Miguel Ángel.

Omar llegó por primera vez a Coahuila en las primeras semanas de 2005, durante la administración del gobernador Humberto Moreira, junto con su jefe Antonio Cárdenas Guillén, alias *Tony Tormenta*, y Galindo Mellado Cruz, *Comandante Mellado* o *Z10*, un mando del brazo armado del Cártel del Golfo (CDG) conocido como Zetas. Se presentaron como la avanzada para tomar la plaza de Piedras Negras. Contaban con una lista de los pequeños narcos que en esa época operaban por su cuenta, debido a que ni el Cártel de Sinaloa ni otra organización controlaba entonces esa frontera. Casi siempre la lista la proporcionaban mandos policiacos o agentes de la Policía Judicial Federal, o policías locales sumados a su nómina. Previamente, a finales de 2004, Galindo Mellado había llegado con un pequeño grupo de Zetas para confirmar la información y ubicar a cada uno de los involucrados en la lista, a quienes estuvieron siguiendo por unos días para conocer sus viviendas, a sus familiares y sus rutinas.

La Lupe, rostro de la barbarie, guió a los sicarios a los domicilios

"Cuando llegaron los Zetas en el año 2004 todo cambió. Cuando llegaron, tenías que reportarles toda tu actividad a ellos. Si no te unías a ellos te iban a matar", contó Adolfo Efrén Tavira Alvarado, en ese entonces de 46 años, originario de Piedras Negras, al rendir su testimonio en un juicio celebrado en la Corte del Sur, en el distrito de San Antonio, contra otro capo Zeta: Marciano Millán Vázquez, el 16 de ju-

lio de 2016. Efrén Tavira había sido empleado de la empresa Televisa, en la que llegó a convertirse en jefe de noticieros. Gracias a ese puesto, primero protegió a sus amigos de la escuela involucrados con el narco para que no aparecieran en las noticias y después se sumó a esa actividad, la cual realizaba por su cuenta.

"Llegaron a tomar la plaza y la mayoría decidió unirse a ellos. Así que tuve que presentarme con ellos. Un primo de Indalecio, Raúl Fara Soberanis, era uno de los Zetas y me contactó. Me dijo: 'quiero que te reportes porque si no lo haces va a ser peor'. Arregló mi presentación con Galindo Mellado Cruz, *Comandante Mellado* o *Z10*.

"Cuando llegué adonde estaban no pensé que estuvieran tan bien organizados. Fue en la quinta Villa de Fuente. Había todo un ejército, eran aproximadamente cien personas, todas armadas. Tuve la reunión con Mellado, ellos me llevaron en un vehículo. Cuando estuve frente a *Z10* se congratuló porque me había acercado solo. Me dijo que sabían quién era y lo que podía hacer; que todo lo que quisiera mover o comprar en Piedras Negras tenía que reportarlo. Ellos me darían la droga". Siguió contando Tavira.

La residencia de José Luis Garza Gaytán era la más grande y ostentosa de todo Allende.

Mellado le advirtió que ya no podría trabajar sin reportarle a los Zetas y que no podía hacer cosas por su cuenta. Así que decidió trabajar con alguien que ya trabajaba para ellos para no tener que estar reuniéndose con los Zetas. "Los que nos unimos para traficar droga no nos considerábamos Zetas. Los Zetas eran los hombres armados que andaban en camionetas vigilando la plaza y cuidando que no entrara la contra".

La organización dirigida por Heriberto Lazcano Lazcano, *Z3*; Miguel Ángel Treviño Morales, *Z40*, y Enrique Rejón Aguilar, *Z7*, seleccionó a dos experimentados narcotraficantes que estaban en su lista. Los designaron responsables del contrabando de drogas: Alfonso *Poncho* Cuéllar, de 46 años, y como segundo al mando nombraron a Héctor Moreno Villanueva, de 35 años, ambos con estudios universitarios. *Poncho* era ciudadano estadounidense y desde el año 2005 traficaba pequeños paquetes de droga que transportaba él mismo entre Piedras Negras y Dallas.

Héctor Moreno es originario de una familia rica de Allende y traficaba desde muy joven. Gracias a un viejo amigo que vivía en Dallas, José Vázquez Jr., de 32 años, podía distribuir grandes cantidades de cocaína por todo Texas y diversas ciudades de la Unión Americana.

Durante esa trágica tarde del 18 de marzo entraron a Cinco Manantiales alrededor de doscientos sicarios fuertemente armados para perseguir a sus presas. No solo se concentraron en Allende, también tomaron los municipios de Nava, Morelos, Villa Unión y Guerrero, entre otros pueblos. Mientras otra jauría se desplegó, a partir de las seis de la tarde, por distintos rumbos de Piedras Negras, unos más salieron rumbo a Ciudad Acuña, Monclova, Múzquiz y Sabinas en la Región Carbonífera. Todos con listas de condenados a muerte, acusados de alta traición a los jefes de la organización.

La noche del 18 de marzo de 2011, cuando los sicarios Zetas intentaron entrar a este domicilio, Víctor Garza los recibió con disparos de arma de fuego, matando a tres pistoleros. En venganza los pistoleros lo mataron ahí mismo junto con tres familiares que lo acompañaban.

"Los Zetas no solo estaban enojados por la humillación ocasionada por estas traiciones, sino que también entraron en pánico por el hecho de que estos ex Zetas, como testigos, revelarían información sobre sus operaciones en investigaciones federales en Estados Unidos. Además, las masacres también tenían el objetivo de sembrar el terror para prevenir que otros traicionaran a los Zetas en el futuro" (HRC, 2017).

En Piedras Negras las diversas caravanas de camionetas se desplazaron a toda velocidad y a plena luz del día, sin importarles que los ciudadanos observaran sus poderosas armas. Estaban en su zona de confort, ya que los sobornos que destinaban a las autoridades y policías de la ciudad fronteriza los autorizaban a hacer lo que sea. El operativo lo encabezó el *Comandante Enano*, David Alejandro Loreto Mejorado, jefe de sicarios de los Zetas.

Un par de camionetas con sicarios se enfiló por las amplias avenidas de la colonia Country House, un fraccio-

namiento de clase media alta ubicado atrás de la presidencia municipal y a pocas calles de la frontera con Estados Unidos. Su presa era el empresario Víctor Cruz Requena, amigo personal de Alfonso Cuéllar, uno de los tres judas que presuntamente había traicionado a Miguel Ángel Treviño Morales. *Poncho* Cuéllar era el responsable del contrabando a gran escala de la cocaína que se mandaba a la ciudad de Dallas, Texas.

En una de las residencias del Country House estilo californiano vivía Víctor Cruz Requena, su esposa Brenda Saldúa Dovalina y sus dos hijos adolescentes Víctor y Guillermo. El empresario Cruz Requena era propietario de una academia de artes marciales. El pecado por el cual iban por él era ser amigo de *Poncho*. Cuando llegaron dos camionetas con los feroces canes de caza, el matrimonio y su hijo menor estaban en casa. El mayor había salido de compras. Unos minutos antes un vecino, amigo del menor, entró al domicilio, Gerardo Heat Sánchez, de 15 años. La impunidad a la que estaban acostumbrados los pistoleros les impidió reparar en que el adolescente, rubio y de ojos azules, no era una más de sus víctimas de grupos rivales o narcomenudistas a eliminar.

La madre de Gerardo, Claudia Sánchez, era una importante funcionaria del Departamento de Cultura de la Presidencia Municipal de Piedras Negras, mientras que su padre, Gerardo Heat, destacaba por ser un rico empresario propietario de negocios en el sector automotriz, incluso el abuelo tuvo un importante cargo político: presidente municipal de Sabinas, así que la familia tenía las puertas abiertas para denunciar su desaparición ante las más altas esferas del poder político y militar, ya que para esa época el ejército mexicano y la marina desempeñaban el papel de policías en las calles y eran los principales responsables de combatir a los cárteles del narcotráfico. Los sicarios se llevaron a la fuerza a toda la familia Cruz-Saldúa y al vecino Gerardo Heat Jr.

Al mismo tiempo, otras caravanas de camionetas se dedicaron a levantar a unas cuarenta personas, la mayoría amigos y trabajadores de Cuéllar. También a un miembro de la organización que estaba bajo sus órdenes: Adolfo Efrén Tavira, quien contó su testimonio en el juicio de Austin contra José Treviño Morales, el hermano mayor de *Z40* y *Z42*.

"Con *Poncho* Cuéllar trabajé a finales de 2010. Él me entregaba cocaína y yo tenía gente para mover la droga a donde me dijera. Con Cuéllar coordinaba los cargamentos para cruzar la frontera de Estados Unidos. En un momento dado *Poncho* estuvo al mismo nivel que *Z42*. Se encargó de mover toda la coca de los Zetas. Fue la época en que trabajamos más duro; en ese tiempo recibía hasta 35 kilos de coca por semana y la pasábamos en cinco camionetas que tenían el tanque de gasolina alterado. Poníamos entre 35 y 45 kilos en cada una de ellas. Estábamos moviendo mil kilos cada mes, y en esa época llegamos a traficar unos 4 000 kilos". Los tanques de combustible de los vehículos se modificaban en el interior del Centro de Readaptación Social (Cereso) de Piedras Negras, controlado por los Zetas.

> Movíamos como mil kilos de coca al mes por la frontera

"En febrero de 2011 *Poncho* Cuéllar dejó de trabajar para los Zetas y huyó a Estados Unidos. Entonces, quince días después de que huyó, a mí me secuestraron. Era un sábado y estaba en mi casa, acababa de llegar y me preparaba para dormir. En mi casa estaban mi esposa y dos hijos menores, mi tercer hijo había salido con sus amigos. Recuerdo que un día antes *Vecino* (miembro Zeta) me había dicho que *Poncho* había huido a Estados Unidos. Que cualquier llamada de *Poncho* se la reportara a él.

”De repente sonó el portón de la casa. Cuando salí a ver quién era, tres personas entraron armadas. Vienen por mí, le dije a mi esposa. Gritaron mi nombre y entró Gustavo Ramón Martínez, mi amigo. Me dijo ‘compadre, vámonos, apúrate’. Entró Marciano Millán, *Chano*, detrás de él y dijo vámonos ya, ¡rápido! Gustavo me dijo: ‘Tavira qué hiciste’. ‘No he hecho nada’, respondí”.

El tercer hombre se cubría el rostro con una máscara de calavera. Gustavo tomó a los hijos de Tavira, que ya lo conocían, y los escondió en un clóset junto con su esposa para que el despiadado *Chano* no se los llevara.

En su relato, Tavira precisó que lo sacaron de su casa y lo tiraron al piso de una camioneta. “Me tenían con un pie sobre la espalda”.

Lo llevaron a un lugar al que tardaron unos quince minutos en llegar. “Era una propiedad en el extremo oeste de la ciudad donde termina una carretera. Durante el trayecto solo se escuchaban radios informando que ya me llevaban”.

Los hermanos Treviño, en Piedras Negras, esperaban a *Poncho* Cuéllar

Llegaron a un gran terreno bardeado, ahí lo bajaron y *Chano* le puso unas esposas. Lo condujeron a una camioneta que estaba en el centro del gran terreno.

Los hermanos Treviño ya se habían trasladado de su rancho de Villa Unión a Piedras Negras y esperaban que sus perros de caza les entregaran a *Poncho* Cuéllar, pero para su disgusto solo les entregaron a sus amigos y a algunos empleados de sus negocios.

Tavira contó que era una noche oscura, pero logró ver que en el sitio había muchas camionetas y decenas de sicarios armados. En un lugar del terreno tenían a cuarenta personas de rodillas y amarradas.